

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

CONSTANTINO SUÁREZ: **Escritores y Artistas Asturianos. Índice bio-bibliográfico**, tomo IV, letras G-K. Edición, Adiciones y Prólogo de José María Martínez Cachero. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 1955; XXV + 636 páginas.

La utilidad de una obra como ésta resulta tan evidente, que apenas necesita ser encarecida. Si al lector o investigador actual le resultará provechoso su manejo, es fácil predecir que el paso del tiempo no sólo no despojará de valor e interés el *Índice bio-bibliográfico* de Constantino Suárez, sino que reduplicará su utilidad, ya que, en bastantes casos, quedará convertido en casi única fuente de conocimiento y estudio de algunos de los escritores asturianos recogidos en sus páginas.

Constantino Suárez («Españolito») llegó a ver publicados, en vida, los tres primeros tomos de esta obra, que comprendían las letras A-F. Inició el escritor sus búsquedas en 1924, y a partir de 1930 se entregó casi de lleno a la confección de este *Índice*. Fallecido el autor en 1941, el Instituto de Estudios Asturianos se ha encargado de editar los volúmenes restantes que permanecían, inéditos, en poder de su viuda. La edición, revisión y actualización de estos *Índices* fue encomendada por el I. D. E. A., en 1954, al profesor de la Universidad de Oviedo, Dr. José María Martínez Cachero. Su erudición y saber, el rigor y meticulosidad de todos sus trabajos y publicaciones representaban una garantía de acierto, bien

perceptible ahora en este tomo IV que, indudablemente, supone para el Instituto que lo ha editado y para el profesor a quien le fué encomendada la edición un motivo de legítimo orgullo. El criterio seguido por Martínez Cachero en la revisión y actualización del *Índice* no puede ser más acertado. Se han simplificado las ilustraciones, reproduciéndose sólo las fotografías de los escritores y artistas más destacados, añadiéndose a las recogidas por Constantino Suárez otras nuevas. Se ha respetado en lo fundamental lo escrito por «Españolito», modificándose tan sólo algunos extremos inexactos o algunas expresiones anticuadas o inadecuadas al tono informativo y científico propio de esta clase de obras.

Si a esto añadimos que Martínez Cachero ha puesto al día, en cuanto le ha ido posible, las páginas de «Españolito»; que ha redactado como prólogo de las mismas una semblanza biográfica y crítica del escritor asturiano, podremos apreciar, en su justo alcance, el esfuerzo e importancia de su labor.

El prólogo-semblanza constituye, dentro de su relativa brevedad, un estudio muy completo y actual de la figura y la obra de Constantino Suárez. El rigor científico de Martínez Cachero le ha llevado a ocuparse de «Españolito» no sólo como autor del *Índice bio-bibliográfico de Escritores y Artistas Asturianos*, sino también como periodista, novelista, antólogo, etc. M. Cachero nos da en esas páginas introductorias, noticias muy puntuales del quehacer literario de Constantino Suárez, especialmente de sus novelas, enjuiciadas inteligentemente y con observaciones tan agudas como la de ligar la tendencia perceptible en *Un hombre de nuestro tiempo* al tono e intención de ciertas novelas galdosianas, sobre todo *Doña Perfecta*. Por lo que tienen de información escrupulosa y de sobria y sincera valoración crítica, estas páginas prologales constituirán, de ahora en adelante, un estudio indispensable para todo futuro trabajo sobre «Españolito».

En el extenso índice de escritores, artistas, políticos asturianos que comprende el encasillado alfabético de este volumen—G a K—figuran personalidades tan importantes como la de Jovellanos. La extensa semblanza que del gran escritor gijonés escribió Constantino Suárez—más de ochenta páginas del *Índice*—es viva y válida en lo fundamental. En ella recogió «Españolito» observaciones de Angel del Río, Somoza, Edmundo González Blanco, Menéndez Pelayo, Américo Castro, etc., sobre el insigne escritor que el autor de los *Heterodoxos* calificó de «quizás la más hermosa [alma] de la España moderna». Tras una biografía suficientemente detallada—habida cuenta de la índole de la obra—, Constantino Suárez recopiló una rica bibliografía jovellanista, que M. Cachero ha aumentado en más de ochenta títulos. La sola mención de esta cifra resulta ya enormemente expresiva en cuanto al esfuerzo puesto por el editor en poner al día la obra de «Españolito».

Junto a Jovellanos figuran en el volumen otros escritores, artistas y hombres de ciencia de considerable importancia, entre ellos fray Ceferino González—

muy elogiado—; Carlos Benito González de Posada, Marqués de Sargadelos—figura típicamente dieciochesca, de español europeizante, propulsor del industrialismo—; el Beato Fray Melchor García Sampedro, mártir en la Indochina; Fernando García Vela, el agudo escritor y discípulo de Ortega; José García Vela, delicado poeta; el médico García Röel, que albergó en su casa ovetense al músico ruso Rimsky-Korsakoff; poetas bablistas como «Marcos del Torniello»; catedráticos como Adolfo González Posada; escultores como Faustino Goico Aguirre; novelistas y críticos como Andrés, Edmundo y Pedro González Blanco, etc.

No todos los escritores recogidos en el volumen nacieron en Asturias—Constantino Suárez señala, por ejemplo, que Andrés González Blanco nació en Cuenca «como *Clarín* en Zamora»—, pero su oriundez o su adscripción a la tierra asturiana fueron para «Españolito» justificantes sobrados para incluirlos en su *Índice*. M. Cachero ha respetado también este criterio, no añadiendo a la lista elaborada por C. Suárez ningún nombre nuevo, y limitándose a poner al día, mediante correcciones y adiciones, el material que se le confió. En más de cien fichas bio-bibliográficas de las incluidas en el presente volumen hay adiciones de M. Cachero, con las cuales quedan completadas, en algunos puntos, las biografías de los escritores, y, en otros, lo referente a la bibliografía aparecida con relación a los mismos, posteriormente a 1936.

Al lector actual posiblemente le parezca excesivamente amplio el generoso criterio con que «Españolito» procedió en la selección de nombres. El editor actual del *Índice* ha podido decir, en unas páginas sobre esta obra publicadas en el *Boletín del «I. D. E. A.»*: «Es probable que muchos en su caso no adoptasen criterio tan largamente generoso—(tampoco yo lo comparto)—pero Constantino Suárez se anticipa a semejante reparo anunciando que intenta a *manera de un censo de la población intelectual asturiana*. Hemos de respetar, pues, esta su voluntad»

En ese respeto está, implícita, la valoración actual que la obra de C. Suárez, a despecho del paso del tiempo, merece a sus editores. La disparidad de criterios no excluye la justa estimación de lo conseguido por «Españolito». Precisamente ha sido la consideración de la utilidad e importancia de su *Índice* lo que ha movido al I. D. E. A. a esta bella y generosa empresa, de un asturianismo tan «bien entendido» como el que, según M. Cachero, caracterizó a «Españolito».

«Pasma considerar—dice el prologuista—el esfuerzo y el tesón que han debido de ser precisos para proseguir y concluir este muy meritorio y utilísimo trabajo. Sólo personas poseedoras de paciencia, meticulosidad y entusiasmo en grado máximo son capaces de salir con bien del empeño. Tenemos que afirmar que Constantino Suárez era una de estas escasas personas excepcionales».

La verdad es que estas líneas podrían aplicarse al propio prologuista y editor. Indudablemente M. Cachero figura también entre esas «escasas personas» que, en un trabajo como éste, ha sabido sacrificar la brillantez y la espectacu-

laridad al logro de una tarea hecha de modestia, de rigor y de intenso amor a la investigación paciente y fecunda.

MARIANO BAQUERO GOYANES

JOSE LUIS CANO.—**De Machado a Bousoño. (Notas sobre poesía española contemporánea).**—Madrid, 1955; núm. XXIV de la colección «Insula». 228 págs. en 4.º

Sobrada y ventajosamente conocido es José Luis Cano: poeta, alma de la colección «Adonais», secretario de la revista «Insula», firma asidua en publicaciones literarias nacionales e hispanoamericanas, crítico enterado y sagaz. Recoge ahora en volumen algunos de sus trabajos relativos a poetas y prosistas españoles del siglo XX, ofreciéndolos como simples aportaciones, útiles acaso al futuro historiador de ese período de nuestras letras.

Vario, rico y excelente conjunto el que J. L. C., su fina y penetrante mirada, contempla; se trata nada menos que de lo que bastantes consideran ya como un medio siglo de oro, aquí limitado al capítulo de poesía, y, asimismo, a la prosa de naturaleza y expresión harto semejantes a aquélla. Pues bien: el crítico se muestra digno contemplador de tan espléndido paisaje.

Para que así suceda echa mano en primer lugar de su sensibilidad de poeta, aguzada y muy viva sensibilidad a la que ningún rasgo importante y significativo pasa desapercibido y en todos ellos cala honda, certeramente. A que una tal penetración resulte fructífera ayuda el copioso y claro conocimiento de la materia que ocupa al crítico, conocimiento que va desde sus lecturas clásicas y modernas y extranjeras hasta su condición de testigo presencial, unas veces, de amigo entrañable, otras. Lo cual no merma objetividad a los juicios de C., que en todo momento declara sin ambages lo que piensa, siempre o casi siempre favorable al autor o a la obra en cuestión y ello, no por condescendiente benevolencia suya sino habida cuenta de la bondad intrínseca de los libros y escritores elegidos. A sensibilidad, conocimiento y juicio objetivo ha de añadirse, si nos referimos a las cualidades del crítico J. L. C., la justeza y belleza de su expresión, junto a la claridad y orden expositivos.

Antonio Machado y Unamuno, poetas del 98, abren el volumen. A las notas y recensión que se dedican a pormenores de su poesía o a concretos títulos de

la misma, sigue nutrida serie de interesantes páginas sobre autores de la llamada generación de 1925, a saber: Guillén, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Aleixandre, Cernuda y Emilio Prados. (Queda por el medio, entre Dámaso y Aleixandre, la atractiva, simpática figura de Fernando Villalón). Vienen después cuatro prosistas (que también son poetas): Romero Murube con su *Pueblo lejano*; Muñoz Rojas por los deliciosos libros *Historias de familia* y *Las cosas del campo*; Juan Ruiz Peña, autor de *Historia en el Sur*; Rafael Montesinos y *Los años irreparables*. Remata C. con cuatro jóvenes poetas, que andan al presente entre los treinta y los cuarenta años, dados a conocer luego de concluída la guerra civil española; son ellos: José Hierro, Rafael Morales, Eugenio de Nora y Carlos Bousoño. (El ensayo dedicado a la obra en verso de este último es para mi gusto el mejor del volumen que comentamos, o, desde luego, uno de los más logrados. La trémula y a cada libro renovada y enriquecida poesía de Bousoño es comprensivamente iluminada por el análisis del crítico). ¡Cómo debe satisfacernos la variedad, riqueza y excelencia de nuestra poesía en lo que va de siglo, mantenida sin tropiezos a través ya de cinco promociones!

Por esta notable aportación, como por su generosa actividad en pro de la poesía española, J. L. C. es acreedor al aplauso entusiasta que muy de veras le ofrecemos.

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ CACHERO

Homenaje a Luis Cernuda.—(Números 9-10 de la revista *Cántico*, Córdoba, agosto-noviembre 1955. 60 págs., con ilustraciones).

La revista de poesía *Cántico*, que editan en la «celestes Córdoba enjuta» Ricardo Molina, Pablo García Baena y Juan Bernier, dedica su más reciente entrega a rendir homenaje a la obra del poeta sevillano Luis Cernuda, miembro de la generación de 1925, autor de un solo volumen de poesía—*La realidad y el deseo*—, integrado ya por ocho partes o libros; de libros de prosa tan bellos y deliciosos como *Ocnos* y de trabajos críticos tan penetrantes como *Bécquer y el Romanticismo español* (número 26 de *Cruz y Raya*, mayo 1935).

Para el cumplido logro de semejante propósito convocó *Cántico* a admiradores y conocedores del poeta en cuestión y de su obra, quienes le recuerdan emocionadamente o la estudian con fervoroso rigor. Prosas y poemas, a los que la amistad y la nostalgia animan, alternan aquí con trabajos de varia longitud que

comentan y aclaran. Una breve antología cernudiana completa este interesante número doble.

Las prosas de Federico García Lorca—sus cuartillas en el homenaje a Cernuda con motivo de la salida de la primera edición de *La realidad y el deseo* (1935)—, Vicente Aleixandre—que firma la primorosa evocación titulada *Luis Cernuda deja Sevilla*—, Manuel Altolaguirre, Adriano del Valle y José Antonio Muñoz Rojas se juntan a los poemas, obra de José M.^a Pemán, Julio Aumente, Fernando Quiñones, Manuel Álvarez Ortega, Ricardo Molina y Mario López. Las notas y estudios corren a cargo de: José Luis Cano, Ricardo Gullón—acaso la contribución más valiosa—, Enrique Azcoaga, Vicente Núñez, Leopoldo de Luis, Ricardo Molina, Juan Bernier y Pablo García Baena. Añádase la música de Salvador Moreno al poema de Cernuda, *Violetas*.

Cántico, una de las más serias publicaciones poéticas de nuestros días españoles; sus hacedores, merecen elogio por este recuerdo y homenaje a un egregio poeta.

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ CACHERO

RAFAEL BENÍTEZ CLAROS.—**Antonio Flores.**
(Una visión costumbrista del siglo XIX).
Santiago de Compostela, Secretariado de Publicaciones de la Universidad, 1955. Un vol. de 292 págs. en 4º, con ilustraciones.

Cuando se trata del costumbrismo español decimonónico suele colocarse tras los nombres de Larra, Mesonero Romanos y Estébanez Calderón un etcétera despreciativo de otros cultivadores de tal modalidad literaria no dignos de pasar desconocidos. Arrojar luz sobre sus bultos en sombra es, por tanto, empresa que merece elogio; el Dr. Benítez Claros, catedrático de Lengua y Literatura españolas en nuestra Facultad, la ha cumplido cerca de la obra de Antonio Flores.

De 1818—(o de 1821)—, año de su nacimiento en Elche, a 1861, año de su muerte en Madrid, corre la existencia de Flores, sin sucedidos de brillo notorio, capaces de dar cuerpo a una biografía interesante. Escribió en periódicos de la corte, publicó libros, fué empleado de la Real Casa y estuvo cesante; se casó, le nació un hijo: Eugenio Antonio, también escritor. De ello se informa en el capítulo I del libro.

Los cuatro capítulos restantes los dedica el Dr. B. C. al examen de la producción de Flores, integrada por cuadros de costumbres, novelas, crónicas de viajes, reseñas periodistas de tema artístico o literario, otras colaboraciones en la prensa, versos. Los dos primeros aspectos son los que revisten una mayor importancia.

En su análisis del arte costumbrista de Flores señala el autor, con imparcialidad crítica muy loable, excelencias y deméritos. Entre éstos: la gracia torpe e inhábil de algunos pasajes, compensada por otros muchos «de indudable comicidad y de fina ironía»; las prolifas desviaciones al margen del núcleo temático cuya causa quizá habría de buscarse en «la costumbre seguida en los folletines, de ir retrasando el desarrollo del argumento y desenlace mediante las citadas interpolaciones». Entre aquéllas—las excelencias—, a más de su ya advertido diestro humorismo, tenemos: «su extraordinario espíritu de observación, que penetra el carácter de las épocas y la psicología de las personas con una rapidez y acierto pocas veces igualables», cualidad cuyo ámbito de experimentación más frecuente es el pueblo bajo madrileño; su agudeza crítica; una considerable facilidad expresiva, que le permite ofrecer en todo momento un fiel trasunto del habla, ideología y catadura intelectual de sus personajes.

El peculiar talento estético de Flores puede haber sido condicionado en concretos rasgos por el ejemplo de escritores costumbristas extranjeros y españoles con obra y prestigio ya hechos. Insinúa B. C. la posibilidad de un influjo de Mesonero en cuanto a ciertos tipos y escenas — (si bien adelantando que la realidad inspiradora de uno y otro era la misma y de ella pudieran proceder tales coincidencias)—, y en cuanto a pormenores de estilo. Menores en cantidad y relieve estima los contactos con Larra.

Luego de esta detenida y necesaria caracterización previa, pasa el autor a ocuparse de las dos colecciones costumbristas de Flores que poseen más valor: las tituladas *La historia del matrimonio*, que empezó a publicarse en folletín a finales de 1850, y *Ayer, hoy y mañana*, «trabajo capital de Flores en el género costumbrista», 1853.

Las novelas de Flores se relacionan estrechamente con el sector costumbrista de su obra; diríase que se trata de una natural consecuencia del mismo. Son narraciones «sociales», en las que cabe indicar la huella de Eugenio Sue, del que sin embargo discrepa Flores en más de un aspecto, así, por ejemplo, en su actitud religiosa—Flores es respetuoso con el catolicismo y sólo critica hechos y prácticas reprobables.— *Doce españoles de brocha gorda*, 1846, y *Fé, Esperanza y Caridad*, 1850, son las novelas sociales de nuestro escritor.

Un nutrido apéndice documental y un pormenorizado apéndice bibliográfico—relativo a ediciones de las obras de Flores—vienen a continuación y preceden a una curiosa antología de textos, muy valiosa habida cuenta de la rareza de los libros de que se trata y, sobre todo, porque su lectura sirve para formarse idea de la personalidad de Flores como costumbrista.

JOSE SIMON DIAZ.—**Bibliografía de la literatura hispánica**, tomo IV.—Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1955. Un vol. de X+818 págs., con ilustraciones.

En su paciente, meticulosa y utilísima empresa bibliográfica ha entrado ya José Simón Díaz en la literatura castellana de los siglos de Oro: XVI y XVII. Serán unos cuantos los volúmenes que se dediquen a tan destacado período de nuestras letras; tenemos con nosotros, recientemente aparecido, el primero de ellos y tomo cuarto de la obra.

Lo inician—luego de una advertencia, de la que más adelante se dirá—las referencias a FUENTES GENERALES, esto es: Historias de la literatura relativas a tal período; Colecciones de textos y Antologías—(apartado en el que el autor ofrece cumplida muestra de su pericia en menesteres bibliográficos)—; Monografías—(una sistemática clasificación facilita el hallazgo del dato apetecido)—. Tras las FUENTES comienza una lista de autores, que se ordenan alfabéticamente desde el dominico fray Antonio Abad hasta fray Alfonso de Ajofrin, cuya producción se conserva manuscrita en la Biblioteca Nacional de Madrid.

¿Por qué este procedimiento y no, por ejemplo, la agrupación por géneros literarios según se hizo en el tomo anterior: literatura medieval? Simón Díaz advierte que es preferible la lista alfabética a «toda clasificación por géneros literarios [que] obligaría a enojosas fragmentaciones, dado que la mayor parte [de los autores] cultivaron más de uno». En la advertencia previa se habla asimismo de otra nada pequeña dificultad a salvar, héla aquí: «Problema mucho más grave era el de seleccionar los escritores de posible interés, a no atenerse a la mera relación de los que ganaron la inmortal recompensa de ser citados en los manuales históricos. Mucho cabe discutir sobre cuáles son los límites de lo literario en un período que frecuentemente nos ofrece tratados científicos y didácticos escritos en verso, alegatos teológicos y morales que contienen cuentecillos o colecciones de anécdotas y aun centenares de libros que si, aparentemente, no guardan ninguna relación con la Literatura, resultan valiosos y en ocasiones indispensables para el conocimiento de las costumbres y del lenguaje reflejados en las comedias o las novelas de nuestros clásicos»; ¿qué es lo que se ha hecho?: «Seguir el camino más difícil, largo y trabajoso; la inclusión de todos aquellos autores que escribieron en castellano durante los siglos XVI y XVII, limitando las excepciones casi tan sólo a los textos jurídicos y matemáticos». Las inclusiones que tal vez no se justifiquen por el valor literario intrínseco de los trabajos de los autores en cuestión, resultarán sin duda interesantes atendiendo a otros aspectos: científico, histórico, cultural.

Son 2.662 las papeletas que integran el volúmen. Como ya es costumbre seguida en los que le precedieron se localizan ejemplares, se indica crítica suscitada, se da alguna indicación orientadora acerca del contenido. Ya en la lista alfabética de autores encontramos: una muy sucinta biografía; códices, o ediciones, o ambas cosas; estudios; elogios. A los índices onomástico, de primeros versos y de bibliotecas utilizadas, se añade ahora uno muy copioso de temas, «que creemos ha de facilitar la preparación de estudios monográficos», como sucederá a buen seguro.

Vayan a José Simón Díaz, incansable en su tarea, animador ya de varias otras tentativas bibliográficas, nuestra palabra de aliento y nuestro aplauso.

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ CACHERO

Ensayo de una bibliografía de las obras y artículos sobre la vida y escritos de Lope de Vega Carpio, por JOSE SIMON DIAZ y JUANA DE JOSE PRADES. Madrid, «Centro de Estudios sobre Lope de Vega», 1955. IX+233 págs., en 4.º. (Advertencia liminar de Agustín G. de Amezúa).

Es bastante reciente la creación, bajo el patronato de la Real Academia Española y con el concurso del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, del «Centro de Estudios sobre Lope de Vega», que preside el insigne lopista señor González de Amezúa y en cuyas tareas colaboran varios prestigiosos investigadores. A su catálogo de publicaciones, si breve, interesante, viene a unirse este utilísimo ensayo de bibliografía «sobre» el Fénix de los Ingenios, preparado por José Simón Díaz—máximo nombre español actual en tales menesteres—y Juana de José Prades—ventajosamente conocida por anteriores trabajos—.

Bien sabido es que la bibliografía en torno a Lope constituye ya una muy copiosa biblioteca, cuyo pronto y eficaz manejo sólo se facilita con obras como la que reseño. A todos los lopistas, tanto a los veteranos como a los bisoños, y también a los no lopistas rendirá inestimables favores, con lo cual queda cumplidamente justificada y ensalzada su existencia.

Bibliografía «sobre» es lo que se ofrece en el presente *Ensayo*—(libros, folletos, revistas, artículos, estudios varios)—, reservándose para otro momento la bibliografía «de», esto es: la «propia de los escritos de Lope». Abarca desde las

primeras palabras acerca de él—la *Fama póstuma...*, de Pérez de Montalbán, por ejemplo—hasta el día 1.º de enero de 1954, límite cronológico final que en alguna ocasión sin embargo—así la ficha n.º 258—ha sido sobrepasado. Las referencias al lopismo alemán se reducen a sólo las fundamentales, remitiendo para las restantes al *Lope in Deutschland* (1939) de Hermann Tiemann.

Más de 2.437 fichas reúnen y clasifican los autores de este *Ensayo*, quienes frecuentemente localizan ejemplares, indican crítica suscitada por el trabajo en cuestión e informan del contenido de algunos, manteniendo el procedimiento adoptado por uno de ellos en su ingente *Bibliografía de la Literatura Hispánica*, (en curso de publicación; cuatro tomos han visto la luz hasta ahora).

El ordenamiento de tal acervo presentaba no pocas dificultades, que estimo se han salvado victoriosamente. Encontramos cinco grupos principales—Bibliografía; Estudios generales; Biografías; Estudios sobre sus obras (Poesía, Prosa, Teatro; Otros aspectos); Relaciones con otros autores—, cada uno de los cuales comprende varios apartados, lo que permite dar en el sitio preciso las fichas pertinentes.

No pretenden—sería vana pretensión—los hacedores del *Ensayo* haber realizado una tarea exhaustiva y por eso, reconociendo de antemano las posibles omisiones, perfectamente compatibles con su afán y perspicacia, ruegan a cuantos poseen otras referencias se dignen comunicarlas al objeto de que sean incluidas en futuras ediciones o en apéndices.

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ CACHERO

ALFREDO CARBALLO PICAZO.—**Métrica española.** — «Monografías Bibliográficas», V-VI. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1956. Un vol. de 161 págs., en 4.º

En el precedente fascículo de ARCHIVUM, págs. 162-63 del tomo V, hablamos de la finalidad perseguida con la publicación de este conjunto de útiles monografías y dimos cuenta sucinta del contenido de las cuatro primeras entregas. Acaba de aparecer, en volumen doble, una nueva, dedicada a inventariar el capítulo de la métrica española; su autor, Alfredo Carballo Picazo, es nombre joven y prestigioso en la investigación e historia literarias.

C. P. ha tenido presente a la hora de confeccionar su repertorio trabajos anteriores debidos al Conde de la Viñaza—*Biblioteca histórica de la Filología Castellana*

na (1893)—, a Dorothy Clotelle Clarke —*Una bibliografía de versificación española* (1937) y *A chronological sketch of castilian versification together with a list of its metrics terms* (1952)—y a Juana de José Prades—*La teoría literaria. (Retóricas, Poéticas, Preceptivas, etc.)* (1954)—, junto con observaciones y reparos formulados a tales obras por la crítica competente. Con buen acopio de materiales nuevos—o por olvidados antes, o por lo reciente de su fecha—y un criterio y un método personales (explicados en la introducción previa), tendentes a conseguir la mayor y mejor eficacia de su tarea, C. P. ofrece ahora un total de 1.203 referencias.

Las ordena en dos grandes apartados, a saber: 1.º). Tratados generales; 2.º). Tratados especiales. Coloca en el primero, «sobre todo, los textos de preceptiva y retórica, a partir del XV, diccionarios de la rima y las observaciones publicadas sobre prosodia, ritmo, etc., en libros de gramática, acentuación, fonética, etcétera»; van en el segundo, «todos aquellos artículos de que he tenido conocimiento y trabajos de tema general distinto, pero con datos sobre versificación». Se ha procurado no incurrir en omisiones, pero consciente el autor de que nadie alcanza lo exhaustivo en panoramas bibliográficos de una cierta amplitud agradece de antemano cuantas noticias ayuden a completar lo que él mismo presenta como «adelanto de una obra más ambiciosa»¹.

Se localizan ejemplares en bibliotecas de Madrid; se indica a veces crítica suscitada por los trabajos en cuestión; se da, asimismo, alguna breve orientación acerca del contenido de tales o cuales estudios. Un índice único y bien nutrido facilitará la tarea de encontrar el dato preciso.

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ CACHERO

GARCIA BLANCO, MANUEL.—**Don Miguel de Unamuno y sus poesías.** Estudio y Antología de textos poéticos no incluidos en sus libros. Universidad de Salamanca, 1954 [Madrid, Yagües, 1955]. «Acta Salmanticensis», Filosofía y Letras. Tomo VIII. 453 pág. 24 cm.

La preparación de varias colecciones unamunianas—señaladamente el *Epistolario* (aún no editado) y *De esto y aquello* (en curso de publicación)—y el gran co-

¹ Ya en prensa esta reseña llega a mis manos el número 15 de *Revista de Literatura*, t. VIII, julio-setiembre 1955, en cuyas páginas 23-56 se inserta un documentado e interesante artículo de A. C. P. sobre *Los estudios de Preceptiva y de Métrica españolas en los siglos XIX y XX*, que ha de ser completado por otros dos, de publicación inmediata.

nocimiento que de la obra entera del poeta tiene G. B., le han permitido disponer de una buena masa de materiales referentes a las poesías de Unamuno que con laboriosidad y amor ha ordenado aquí produciendo un libro cuya utilidad para el estudio de esa obra poética ha de ser muy grande. A cada uno de los libros de verso escritos por Unamuno le está dedicado un capítulo, en el que se exponen las vicisitudes por que pasó la composición y publicación de los diversos poemas, en orden cronológico. En este orden, exigido por la estrecha conexión que se da en Unamuno como en tantos autores entre la vida y la obra, se articula una infinidad de datos biográficos — viajes, correspondencia, relaciones personales, preparación de libros, lecturas y hasta salud y estado de ánimo del poeta—de mayor o menor relieve pero basados en documentos muchas veces desconocidos, por más que la propiedad etimológica no permita a G. B. que los titule siempre de inéditos. Así, por ejemplo, la breve nota autobiográfica publicada en la revista *Renacimiento* en 1907 (página 128); las cartas de 1911 en que habla, aprensivo, de su hipertensión y de sus insomnios (págs. 167, 180-181); y las que reflejan las impresiones de su vida de desterrado en Fuerteventura (páginas 286-290), en París (pág. 295-298), en Hendaya (338-339), o el eco de su dolor de viudo (pág. 320-321), entre muchos otros, aportan nuevos y curiosos trazos a lo ya conocido del retrato de Unamuno.

Estamos ante una historia de los libros poéticos de Unamuno, y los capítulos de esta obra comienzan con la descripción y análisis bibliográficos de cada uno de aquellos; muy oportunamente porque, como ha advertido G. B., todos los libros de Unamuno en su primera edición merecen la consideración de raros. Y es de lamentar que no lo haya llevado el autor con todo rigor hasta indicar el tamaño de los volúmenes, y aun el precio de venta como quiere Azorín. (A la parte meramente bibliográfica añadiré un dato de cuyo modesto alcance me doy cuenta; para la página 324: los cuatro sonetos «La mañana», «La estrella polar», «La sima» y «La palabra», números 1628-1631 del *Cancionero*, recogidos en la *Antología poética* de L. F. Vivanco, aparecieron, supongo que por primera vez, en *El Aviso...* almanaque de la revista *Cruz y Raya* para 1936).

G. B. trae abundantes noticias de la elaboración poética de Unamuno antes de la publicación de su primer volumen *Poesías* (1907), desde una fecha de hacia 1884, y durante los lapsos a veces muy largos entre la aparición de un libro y la del siguiente. Y los poemas que no fueron recogidos en las colecciones poéticas del autor y quedaron inéditos, olvidados en una carta privada, o publicados únicamente en una revista o periódico—para el caso es igual: prácticamente desconocidos—, los ha recogido G. B. en la *Antología* que constituye la segunda y no menos importante parte de su trabajo. Poco nos dice G. B. de la razón de esa ineditud o preterición: pudo ser simplemente el olvido, la falta de una copia en algún caso, el deseo de retocarlo, la no adecuación al carácter del libro que el poeta estuviera haciendo imprimir en cada sazón.

También las composiciones efectivamente editadas en uno de los nueve libros de versos de Unamuno—incluyendo *Andanzas y visiones españolas* y *Cancionero*—a veces fueron con anterioridad publicadas en revistas, dedicadas particularmente por Unamuno a algún amigo o anticipadas en algunos versos a guisa de homenaje o con fines de consulta de técnica o temas. De esto se ha derivado la existencia de numerosas variantes tal cual vez debidas a simples erratas, pero en general rastro de tanteos y testimonio de corrección y lima en la labor poética de Unamuno. G. B. presenta a dos columnas los versos que contienen tales variantes respecto a la edición tenida como definitiva, para el cotejo minucioso de los diversos textos, y da los esquemas métricos o estróficos de las poesías de que se trata.

Se completa esta obra tan útil con una bibliografía sistemática sobre la poesía de Unamuno en tres secciones: estudios, ediciones y traducciones.

Aunque no habían entrado en el plan trazado por G. B. para esta obra esencialmente biobibliográfica, no faltan las acotaciones críticas a la evolución del credo poético de Unamuno, a la tradición de determinadas formas rítmicas, a la gestación de algunos temas. Destacaré el análisis que hace de unos textos unamunianos para deducir la circunstancia que dió origen al célebre poema «En un cementerio de lugar castellano» (págs. 190-194). (A los pasajes en que se refiere a la norma del poeta de presentar los versos en la forma tipográfica de prosa (páginas 187-188, 195, 199, 239-240, 353), podría añadirse la mención de que también el sentido cuentecillo *Cruce de caminos*, de la colección *El espejo de la muerte*, esconde en su presentación prosística claro ritmo de verso).

Libro muy unamuniano—a pesar de la erudición—, porque también Unamuno fué muy amigo de historiar sus libros—cf. los preliminares de *Niebla*, por ejemplo—, éste de G. B. será en adelante indispensable para cualquier intento de estudio de esa poesía. La lectura combinada de los textos poéticos y de su historia aquí relatada es de gran eficacia para el conocimiento crítico y para el goce estético. Si no tuviera G. B. tantos méritos unamunísticos, el haber verificado tan valioso estudio de investigación bibliográfica y crítica textual le bastaría para un puesto de honor en este campo.

criticar la Antología de poemas—cuarenta y cuatro composiciones originales y una traducción—en la línea de otros ya conocidos, corresponde, sin duda, más que a una recensión como la presente, a un estudio de la poesía toda unamuniana, porque para lo bueno y lo malo estas poesías son auténticamente de Unamuno; representan tan bien como cualquier otro florilegio las maneras de su autor. Y no es ociosa su publicación, porque añade al caudal conocido y ya consagrado, cuando no un nuevo matiz, un nuevo elemento de gran interés. Limitado a «saludar» aquí la aparición de este nuevo libro de versos y a elegir una sola de las composiciones, me decidiría por *El hombre del chorizo*, de 1916:

Este hombre del chorizo y de la siesta,
que va de fiesta en fiesta,
el de la buena hembra y la bandurria,
el que ahoga su murria
jugando al monte;
este hombre del chorizo,
el que adora en Belmonte,
es el castizo.

(En uno de los versos 29 o 30—me inclino por este último—la palabra final debe ser *fiesta*, no *siesta*: en ellos se recolectan los elementos de los versos 1-5).

FERNANDO HUARTE

FRANCISCO ESCOBAR GARCIA, PBRO.: **Semblanza de Donoso Cortés**. Institución de Servicios Culturales. Diputación de Badajoz, 1953.

Con motivo del primer centenario de la muerte de Donoso Cortés, D. Francisco Escobar, Profesor de Filosofía de esta Facultad de Filosofía y Letras, ha trazado una *Semblanza* del famoso tribuno, que ha merecido ser publicada por la Diputación Provincial de Badajoz, provincia que dió a España una de las más relevantes personalidades del siglo XIX.

En las 86 páginas de que consta el volumen, el Sr. Escobar estudia la figura de Donoso Cortés desde múltiples ángulos o puntos de vista, consiguiendo con ello una excelente «semblanza» de su polifacética personalidad, destacada sobre un fondo decimonónico admirablemente esbozado o entrevisto por el autor.

Acostumbrado el Sr. Escobar al lógico rigor exigido por las disciplinas filosóficas que en nuestra Universidad profesa, desarrolla su estudio con la claridad y método adecuados, dedicando el primer capítulo al hombre Donoso; el segundo, a Donoso Cortés, filósofo; y el tercero y último de que consta la obra, a Donoso Cortés, político. En cada uno de dichos tres capítulos, trata el Profesor señor Escobar extremos del mayor interés, enfocados preferentemente desde el lado espiritual o ideológico, que es el seguido constantemente por el autor, de conformidad con los rasgos más salientes del biografiado. En gracia al interesado lector, consignamos a continuación los títulos de los puntos tratados en la obra, mucho más elocuentes para darse cuenta de su contenido que cuanto pu-

diéramos decir de propia cosecha sobre el particular. Son éstos: Personalidad de Donoso Cortés; Fisonomía del Marqués de Valdegamas; Las tres etapas de su ideología; Influencia de la primera formación de Donoso en su Filosofía; ¿Es filósofo Donoso Cortés?; Características de la Filosofía de Donoso; Mensaje de Donoso: su optimismo filosófico; El dolor y la muerte en la doctrina donosiana; La faceta más valiosa de Donoso; ¿Cuál fué el régimen ideal donosiano?; Una conclusión; y Aspecto social de la política de Donoso.

A lo dicho, es justo añadir que el autor ha compuesto su trabajo en un lenguaje adecuado a la materia tratada, sin que por eso deje de ser fluido y ameno, en lo que cabe, por lo que su lectura resulta agradable, aún para los lectores menos familiarizados con los temas filosóficos o que, como el presente se rozan con ellos.

Reciba nuestra enhorabuena el Rvdo. Sr. Escobar por habernos facilitado con su *Semblanza de Donoso Cortés* tan oportuna y excelente rememoración del famoso pensador, orador y político extremeño.

JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ

MERCEDES MORALES, MARÍA JESÚS LÓPEZ DE VERGARA.—**Romancerillo canario. Catálogo-manual de recolección**, Biblioteca Filológica, Universidad de La Laguna, (Tenerife, 1955).

La aportación canaria al caudal romancístico hispano era hasta ahora escasa, por no haber tenido bastantes cultivadores. Bastó que las autoras de este Catálogo buscaran con más empeño la escondida vena tradicional, para reunir una colección que alcanza los dos centenares de versiones. Ellas, junto con las sesenta y cinco ya publicadas y otro centenar más pertenecientes a diversas colecciones, han permitido preparar el presente Catálogo, cuya utilidad para los futuros recolectores de romances canarios será grande. El número de los que aquí se publican llega a sesenta y seis. De entre ellos destacan por su arcaísmo los ocho que se agrupan bajo el epígrafe «Romances raros de gran interés» (n.º 6 a 13), seis de los cuales comenta el catedrático de la Universidad de La Laguna señor Catalán en el prólogo, del que damos breve noticia.

Es el primero el de Lanzarote que comienza: *Tres bijuelos había el rey*. Este romance era ya tradicional a finales del siglo XV, en que se parodia y lo cita Nebrija; sin embargo, no se había publicado ninguna versión moderna de él, y sólo

se conoce una inédita, recogida en Almería en 1914, que pertenece a la colección Menéndez Pidal. Esto nos demuestra el gran interés que presenta la que aquí se ofrece, que fué transcrita en Tenerife. Ni ella ni la de Almería derivan del texto publicado en el *Cancionero de romances de 1555*, pues este texto presenta tres series asonánticas: *-a*, *-ao* e *-ia*, mientras las dos versiones modernas sólo tienen una en *-ia*. Esto presupone una refundición de la cual derivan ambas versiones modernas. En la tradición actual el romance ha perdido buena parte de su carácter originario.

Otro romance comentado por C. es el titulado *Conde preso*, que comienza: *Preso llevaban al conde*. La versión del siglo XVI se publicó en el *Cancionero llamado Flor de Enamorados*. Tiene carácter fragmentario, pues la acción se suspende bruscamente en el verso 13, aunque para rematarlo se le han añadido dos versos más. Por el contrario la tradición moderna transmite en general el romance hasta el fin. Sobre la base de 48 versiones recogidas en Marruecos, Andalucía, Portugal, Galicia, Asturias, Santander, León y Canarias, hace C. un análisis de la acción, para concluir que el romance se remonta sin ninguna duda a una gesta de tema francés. Una pista podría ser el nombre del protagonista: Grifos, Golfo, Garfos. Tal canción épica es hoy desconocida.

El romance del *Robo de la reina Elena*, que comienza en los pliegos sueltos de la primera mitad del siglo XVI: *Reina Elena, reina Elena*, y en las versiones canarias: *Estando la reina Elena*, no era conocido más que entre los judíos sefardíes de Marruecos y Oriente. El texto del XVI consta, según Menéndez Pidal, de dos partes: la primera, los treinta y siete primeros dieciseisílabos, tiene carácter tradicional, mientras la segunda, los otros treinta y dos dieciseisílabos, es de estilo juglaresco. La tradición moderna, tanto la judía como la canaria, sólo conservan el fragmento del rapto, que era el más lírico; pero tiene la particularidad de añadir algunos rasgos extraños a la versión de los pliegos sueltos, especialmente cuando Paris dice a Elena que en su nave más chica tiene un manzano que da manzanas de oro, aliciente con que la invita a embarcarse, facilitando así el rapto. Este fragmento, pues, después que se había ya desgajado del poema juglaresco, debió de ser refundido; pero antes de adquirir la total tradicionalización.

El romance n.º 12 del Catálogo, titulado *El Idólatra*, era desconocido hasta ahora, incluso, según confiesa C., en la colección Menéndez Pidal. Pero buceando en esta colección dice él que encontró entre sus materiales doce versiones que estaban unidas a otros romances, cuatro de esas versiones son judías. Las cristianas son muy semejantes entre sí y pertenecen a regiones muy conservadoras, en las que incluso la tradicionalidad de este romance aparece débil y decadente. Sus versos van unidos en Galicia, Cataluña y Canarias al de *Marinero al agua*, y en Salónica el que comienza *Se pasea pastor fiel*; sólo en Sarajevo conserva sustancialidad propia. El romance trata de un navegante que, en medio de la tor-

mentá, suplica a la Virgen que le valga. En las versiones cristianas la Virgen no le socorre por sus muchos pecados anteriores; las judías discrepan, pues el «idólatra» adorador de María es castigado por su confianza en ella. Esto hace sospechar a C. que se trata de un romance elaborado por los judíos españoles y cristianizado más tarde en la Península. Pero me parece que el detalle *perra traidora* con que en algunas versiones cristianas el navegante había blasfemado de la Virgen, por lo que ésta se lo echa en cara cuando en el momento de peligro la llama en su socorro, puede no ser un eco del *puta María... falsa y mentirosa* que se encuentra en las judías, como quiere C., sino al contrario. Pienso especialmente que la actitud religiosa del romance parece corresponder a una determinada mentalidad propia de finales del siglo XVI o primera mitad del XVII, y que es la misma que se expresa en el *Burlador* con la frase «quien tal hace que tal pague». Aunque escasos, hay ejemplos de reelaboración judaizante de romances cristianos, y éste se prestaba en tal caso muy fácilmente a la adaptación con sólo cambiar la razón del castigo del navegante, originalmente sus blasfemias, ahora su idolatría.

Igual que el romance del *Conde preso*, también el del Conde don Pedro Vélez (*Alterada está Castilla*) se conserva únicamente entre los judíos marroquíes y en Canarias. Del texto que publicó Timoneda en su *Rosa gentil*, sólo queda en las versiones modernas la escena inicial, y por cierto bastante fielmente. Entre los sefardíes de Marruecos el romance aparece contaminado con el *Conde preso*; la única versión canaria no ofrece esta contaminación, pero como en otra del *Conde preso* éste recibe el nombre de Pedro Vélez, sospecha C. que también en Canarias se dió el mismo fenómeno que en Marruecos.

Acaba C. su prólogo aludiendo al romance n.º 10 del Catálogo, fragmento del que sólo se conoce una versión. Su filiación es dudosa, y C. se pregunta si no será un Conde Niño muy arcaizante o un Infante Arnaldos contaminado con el Conde Niño. Yo me inclino por esto último; pero sólo las nuevas versiones que aparezcan pueden esclarecer el enigma.

El Catálogo demuestra la relativa riqueza romancística de Canarias y acusa una tradición bastante arcaica y conservadora. Estas dos notas ponen de relieve su importancia y el interés que ha de tener el *Romancero canario*, que anuncia la misma «Biblioteca Filológica» que ha editado el Catálogo, para los estudiosos de los romances tradicionales.

JOSÉ CASO GONZÁLEZ

RAMON MENÉNDEZ PIDAL, DIEGO CATALAN Y ALVARO GALMES.—**Cómo vive un romance. Dos ensayos sobre tradicionalidad**, Madrid, 1954, Anejo LX de la Revista de Filología Española.

Se reúnen en este libro dos trabajos escritos con treinta años de diferencia: el primero, de Menéndez Pidal, es ya conocido de los lectores, pues se publicó en 1920 en la *Revista de Filología Española*; el otro, de Diego Catalán y Alvaro Galmés, aparece ahora por primera vez. Los dos apoyan sus conclusiones en el estudio de los romances de *Gerineldo*, *La boda estorbada* y el nacido de la fusión de ambos.

Del romance de *Gerineldo* hay dos versiones del siglo XVI: una es un pliego suelto de 1537 (reproducida en la *Tercera parte de la Silva*, Zaragoza, 1551), y otra, retocada, en otro pliego suelto posterior. El trabajo de M. P. se apoya en 164 versiones modernas y el de D. C. y A. G. en 350 (de las cuales se han excluido las versiones dobles estudiadas aparte). Todo este conjunto se divide en dos grandes zonas, la N. O., muy arcaizante y tradicionalista, relacionada con la versión de 1537, en la que el rey tiene un sueño presago; y la S. E., en la que el despertar del rey es análogo al del segundo pliego. En ambos trabajos se estudian los rasgos comunes a las dos zonas, los que caracterizan a cada una de ellas, las variantes más antiguas que no aparecen en los pliegos, y las que nacieron en la región S. E. e invadieron la otra zona. La tradición moderna demuestra, contra los pliegos del XVI, que el desenlace primitivo del romance se fundaba en el perdón del rey a los amantes. Es interesante observar que, a pesar de que el segundo pliego se sigue imprimiendo hoy y tiene gran difusión, las versiones modernas no proceden de él, pues el pueblo cuando lo aprende de memoria lo recita intacto, influenciando sólo insignificadamente las versiones tradicionales. Esta observación lleva a considerar que si hoy son tan poco perceptibles los contactos entre la tradición oral y la escrita, menores serían en los siglos XV y XVI, cuando se imprimía menos y había más analfabetismo en el pueblo. Y es que para éste la poesía del pliego suelto es para ser leída, a diferencia de la que él sabe que es para ser cantada.

D. C. y A. G. distinguen cinco tipos en la región N. O., que viven como inestimables recuerdos de un pasado esplendoroso. La S. E. presenta, al contrario, una enorme vitalidad, que se desborda fuera de su área, invadiendo el N. O. Esta invasión es unas veces mero trasplante de versiones a puntos aislados, otras una invasión en masa, como en el caso del romance doble, y otras emigración de variantes aisladas que sustituyen a las variantes propias de la región invadida.

Cada variante tiene una extensión geográfica determinada. M. P. creía que sólo por excepción se daba coincidencia entre el área de dos o más variantes; pero para D. G. y A. G., que disfrutaron más abundante material, esta coincidencia geográfica no es tan rara y permite precisamente diferenciar y caracterizar los diversos tipos.

El romance de *La boda estorbada* no se conserva más que en la tradición moderna. M. P. dividía sus versiones, igual que en *Gerineldo*, en dos zonas, cuyos límites no coincidían con los del otro romance. Pero estas regiones no están claramente definidas. Por esto D. C. y A. G., agrupan la mitad aproximadamente de las 260 versiones que manejan en tipos muy claramente definidos: asturiano-cántabro, castellano viejo, extremeño, castellano nuevo, levantino y andaluz. La otra mitad ofrecen una mayor independencia en sus variantes y no son fácilmente agrupables en tipos rígidos. En su mayor parte se encuentran en la mitad norte de España. Son versiones más conservadoras que las otras y el estudio de sus variantes es fundamental para la comprensión del romance. Dentro de las divisiones regionales se encuentran algunos rasgos comunes entre los tres tipos del N. O., los cuales se dan también en las versiones independientes, indicando cierta relación entre todas las versiones del N. O. Las más arcaizantes son para M. P. una de Tánger y varias de Cataluña, pertenecientes a la región Sureste; pero D. C. y A. G. encuentran, al contrario, en algunas del N. O. venerables variantes procedentes del *Dirlos* juglaresco del XVI, al mismo tiempo que otras esenciales al romance olvidadas en Levante. Los rasgos arcaizantes que estudia M. P. comprueban precisamente la superioridad del N. O. sobre el S. E. Ahora bien, M. P. creía en el origen S. E. del romance, mientras que D. C. y A. G. no. El romance deriva de *Dirlos*¹, pero en su origen (hacia los siglos XV o XVI) debió confluír en él algún canto del Norte de Italia, como piensa M. P. Que hubo una primera redacción, origen de las que se conservan hoy, es cosa que no parece ofrecer duda. Que los rasgos más antiguos, y por tanto los que más se acercan a esa primera redacción, se conservan mejor en el N. O. que en el S. E., tampoco. Pero esto, a mi modo de ver, no significa que el origen del romance sea el N. O., pues hay que contar siempre con el mayor conservadurismo de toda esta región frente a lo innovador del S. E. Acaso las versiones independientes pudieran explicar mejor que los tipos regionales dicho origen. Apunto la idea de que pudiera haber sido la zona entre Salamanca y Avila donde primero se cantó el romance de *Dirlos* trocados los papeles del conde y la condesa, esto es, *La boda estorbada*, zona que, según se ve en el mapa III, es la que conserva más ver-

¹ Para las relaciones entre *Dirlos* juglaresco y *La boda estorbada* vid. ALVARO GALMES y DIEGO CATALAN, *El tema de la boda estorbada. Proceso de tradicionalización de un romance juglaresco*, publicado en «Vox Romanica», 13, 1953, págs. 66-98.

siones independientes. Pertenece a la región N. O., pero está muy lejos del Norte, donde sin embargo parece que hay variantes verdaderamente arcaicas. Las posibles relaciones con baladas europeas o con cantos del Norte de Italia, estudiadas a fondo, acaso dieran bastante luz en este punto.

El romance de *Gerineldo* se fusionó con algunos otros, pero la forma más extendida es aquella en que se le da el desenlace de *La boda estorbada*. Este romance doble se extiende principalmente por dos regiones: una que abarca Murcia, Andalucía y Marruecos, y otra las montañas de León y las del Occidente de Asturias. En el resto de la Península escasean las versiones. M. P. disfrutó de 66 versiones y D. C. y A. G. de 226, que se distribuyen así: Andalucía, 68; Extremadura, 21; Castilla la Nueva y Murcia, 32; Salamanca, Avila, Zamora y Valladolid, 10; León, 28; Asturias, 23; Galicia, 11; Oeste de Santander, 15; Castilla la Vieja, Aragón y Levante, 10.

El romance doble ha nacido en el Sur de España, por la fusión de los dos simples. En esta región el *Gerineldo* del romance doble coincide con el *Gerineldo* simple. Por tanto, las versiones dobles participan regularmente de los caracteres de las dos simples. Hay una variante («Tú eres el diablo, romera») que en el Sur está también en las versiones del romance simple de *La boda*, pero que no se encuentra en las del N. O., y que sin embargo aparece en esta última zona en las del romance doble, lo cual prueba que la tendencia a la fusión es propia de la región S. E. Otros varios rasgos demuestran que el romance doble de la región asturo-leonesa difiere chocantemente en la parte de la boda del simple de la misma comarca, por lo que se ve claramente que ha sufrido una arrolladora invasión del sur. Cronológicamente esta invasión es tardía y en algunos puntos posterior a 1920. Después de esta fecha se ha desarrollado en el N. O. un nuevo tipo de romance doble, cuya masa principal está constituida por variantes del S. E., pero a ella se han añadido algunas variantes de extensión limitada en esta última zona, otras que procediendo de ella han sido reelaboradas, y otras de orígenes diversos.

Del estudio geográfico detallado de todos estos puntos, que no he podido más que sintetizar, deducen M. P. y D. C. y A. G. conclusiones muy importantes, las cuales será de absoluta necesidad tener en cuenta siempre que se quiera realizar algún trabajo sobre la materia, y que sólo los críticos cerrados a la realidad de las cosas o que no han manejado nunca algunos centenares de versiones de un mismo romance pueden negar o desconocer.

Para las conclusiones de M. P. es preciso entender bien lo que él quiere decir con las palabras *versión* y *variante*, sin cuyo entendimiento será incomprendible su teoría. Por *versión* entiende «la redacción completa o fragmentaria de un romance tomada en su conjunto y en cuanto difiere de las demás redacciones totales del mismo»; por *variante* «cada uno de los pormenores de que se com-

pone una versión, en cuanto ese pormenor difiere de los análogos contenidos en las demás versiones».

El método geográfico para el estudio de la poesía tradicional no difiere o difiere poco del empleado en geografía lingüística. Aquí no sólo cada palabra tiene su área y su historia, sino también cada fonema de esa palabra, y el área geográfica y la historia de cada uno de sus fonemas pueden no coincidir entre sí ni con los de la palabra de que forman parte. Igual ocurre en poesía tradicional. Cada romance tiene una historia que se descompone en la historia de cada una de las variantes de que consta. El romance no se propaga animado de una fuerza interna y unitaria, sino que son las variantes las que se propagan. Cada individuo introduce por su cuenta mudanzas en la redacción de un romance, modifica su recuerdo consciente o inconscientemente; pero en estas variantes pesa el recuerdo colectivo tradicional y por esta razón tienen una vida efímera y quedan sin eco ante la adhesión de la mayoría de las memorias a un texto consabido de todos. Pero algunas veces una de estas invenciones individuales tiene fortuna y es aceptada y asimilada por la muchedumbre. Son estas las variantes que se propagan animadas de una fuerza interna, y las que hacen que la variabilidad en el texto de un romance ataque más al conjunto que a los detalles. A esta importante conclusión de M. P. vienen a añadirse las que deducen D. C. y A. G. del estudio de una mayor cantidad de versiones. Para estos autores la conclusión de M. P. es una de las etapas de propagación del romance, la más primitiva, cuando la corta extensión geográfica que adquiere una innovación no motiva más que un cruce de variantes entre zonas vecinas; pero llega un momento en que una de las formas adquiere un prestigio excepcional y entonces ésta se propaga en todas sus variantes, invade una zona donde el romance vive aún la primera etapa, agrupado en tipos que se extienden poco, y reemplaza a éstos, imponiendo un tipo unitario. Es exactamente el mismo fenómeno que ocurre con la lengua. Tal es en nuestro caso la aceptación en la zona asturo-leonesa del romance doble del S. E.

Me queda referirme a las conclusiones de ambos trabajos en lo que se refiere a las regiones. La S. E. se caracteriza por la fuerza expansiva de sus variantes, que invaden la N. O., mientras que ninguna de esta región marcha hacia el sur. Es el proceso contrario al ocurrido con la lengua, y obedece a que ésta se propagó cuando la vida fluía de Norte a Sur, mientras que la canción tradicional se propaga sobre todo en los siglos XVI y XVII, en que la actividad literaria del Mediodía es preponderante. La región N. O. puede dividirse en varias comarcas: una castellano-cántabra (Palencia, Burgos, Santander y Oriente de Asturias), que es muy arcaizante; la asturo-leonesa occidental, que puede centrarse en la montaña leonesa que hace ángulo recto con el río Navia; la gallego-portuguesa, muy arcaica. La región S. E. puede dividirse en estas otras: la extremeño-salman-

tina, donde se cruzan corrientes andaluzas y castellanas nuevas; la andaluza, que es la que ofrece más carácter expansivo, la mediterránea y la manchega.

Quiero hacer algunas observaciones sobre la comarca asturo-leonesa. Es de todas las del N. O. la que ofrece una mayor influencia de la región S. E. Ya he apuntado antes las cantidades de versiones recogidas en la Península del romance doble. Se observa que es muy abundante en Andalucía, menos en Extremadura, Castilla la Nueva y Murcia; bastante escaso en Salamanca, Avila, Zamora y Valladolid, y de nuevo abundante en León y Asturias, más exactamente en la montaña leonesa. Casi puede decirse, pues, que hay solución de continuidad entre la zona extremeña y el norte. Contra las teorías de Nigra y de Krohn, según las cuales un canto emigra de una región a otra inmediata, y que son aceptadas por M. P., aquí parece darse el caso de una emigración directa desde Extremadura a la montaña leonesa. Hay una probable causa de este fenómeno, que se advierte en algunos otros casos, y es la trashumancia de los pastores extremeños y salmantinos, los cuales recibirían el romance de Andalucía o Castilla la Nueva y lo transmitirían directamente a esa comarca montañosa, donde conviven durante varios meses del año pastores de muy alejados lugares de la geografía peninsular. Estos mismos pastores son los que producirían la expansión del romance al volver durante el otoño a sus lugares habituales de residencia. Esta comarca ofrece al mismo tiempo caracteres muy singulares, pues igual que absorbe ávidamente ahora o ha absorbido (no me cabe ninguna duda) en otras épocas la tradición más reciente, la novedad, incluso el canto que aún no es tradicional, sino sólo popular, la transforma con arreglo a sus propias viejas tradiciones, como observó Torner en cuanto a la música, y he puesto yo mismo de relieve, aunque no pueda demostrarse con total evidencia, en lo que respecta al paralelismo. Incluso el elemento temporal que D. C. y A. G. han introducido acertadamente en el estudio geográfico demuestra la variación del área del romance doble en esa zona y la aparición de un nuevo tipo, que ignoro hasta qué punto es nuevo o refundición de material folklórico ya existente. Tendría verdadero interés estudiar a fondo todos estos puntos.

El libro lleva un abundante número de mapas, absolutamente imprescindibles para quien quiera comprender a fondo la materia estudiada en él. Son en realidad la reproducción en líneas de las conclusiones a que se llega, y esto es a mi modo de ver lo que más los avalora.

JOSÉ CASO GONZÁLEZ

En torno a un estudio sobre Miguel Hernández.

Una de lo figuras más extrañas y atractivas de la poesía española contemporánea es, sin duda, la de Miguel Hernández, nacido en Orihuela en 1910, y muerto en prisión (Reformatorio de Adultos, de Alicante) en 1942. Pertenece, pues, tanto por la edad, como por la obra publicada, a la generación que sirve de enlace entre la poesía de 1927 y la de 1944. Acaso su obra sólo tenga un punto de contacto con la gente del 27: el marcado acento gongorino de su primer libro: *PERITO EN LUNAS*, publicado en en el año 1932. De todos modos ese sesgo culterano, presente también en algunos poemas no recogidos en libro, resulta en Hernández, por la rígida sumisión al modelo, demasiado postizo. Su poesía, en realidad, no tiene antecedentes. Nace de las circunstancias de su vida, de marcado entronque popular y campesino. Es una poesía desnuda, directa, de escasas complicaciones técnicas, apasionada y vigorosa, y, por encima de todo, de una extraordinaria originalidad. Pero esa poesía, a parte de algunos atisbos ocasionales, sólo aparece en su último libro: *CANCIONERO Y ROMANCERO DE AUSENCIAS*, y en ciertos poemas de *EL HOMBRE ACECHA*.

Desde la fecha de publicación de *PERITO EN LUNAS* hasta los días en que escribió *CANCIONERO Y ROMANCERO DE AUSENCIAS* (Este libro se publicó por primera vez en el tomo: «Miguel Hernández. OBRA POETICA, Aguilar, Madrid 1952») el poeta unas veces guiado por sus propios instintos, y otras al dictado de influencias ajenas, buscó para su poesía sustractos cultos, frecuentando a algunos de nuestros grandes poetas del Siglo de Oro, principalmente Calderón de la Barca, a Lope de Vega y a Garcilaso. Es muy probable que Miguel Hernández llegase a esos escritores por ser, precisamente, los que estaban en el ambiente durante los años de su formación, sin que interviniese para nada su facultad discriminativa. El «garcilasismo» de la poesía contemporánea, tan en boga a finales de la guerra de liberación, se inicia, y cobra cuerpo, con anterioridad al conflicto bélico. A principios del año treinta y seis comienza a formularse en nuestra poesía una reacción clásica. En el momento de Luis Rosales, de Germán Bleiberg, y de Juan Panero. Y es el año en que Miguel Hernández publica su segundo libro de poesías: *EL RAYO QUE NO CESA*, de indudable filiación garcilasista. A Calderón pudo llegar conducido por Ramón Sijé, que tan honda influencia ejerció sobre el poeta, y también por el gongorismo de sus primeros tiempos. De una forma o de otra Calderón informa el primer ensayo dramático de Miguel Hernández: *QUIEN TE HA VISTO Y QUIEN TE VE Y SOMBRA DE LO QUE ERAS*, compuesto entre 1933 y 1934, y publicadn en *CRUZ Y RAYA* en julio-agosto-septiembre (núms: 16-17-18) de 1934. (Recogido mas tarde en folleto independiente).

PERITO EN LUNAS, QUIEN TE HA VISTO Y QUIEN TE VE, y EL RAYO QUE NO CESA, los tres libros publicados por Hernández antes de la guerra de liberación, delatan, como hemos dicho, marcadas influencias de grandes escritores de nuestro siglo de Oro: Góngora, Calderón, y Garcilaso. En el último de los libros citados se puede reconocer, también, soterraña, la insinuación de Lope de Vega. Miguel Hernández desciende, pues, de un barroco excesivamente formal y hueco en el fondo, a los cauces sosegados del clasicismo, para lanzarse inmediatamente después a la búsqueda de una voz más entrañada en sus propios sentimientos. Lope de Vega le ofrece las esencias populares de su teatro, y al conjuro de esa persuasión, totalmente admitida por Hernández, brotan los dramas titulados: LOS HIJOS DE LA PIEDRA (inédito) y EL LABRADOR DE MAS TIERRA.

Esto nos lleva a pensar que Miguel Hernández, poeta de formación cultural autóctona, poco ducho en disciplinas intelectuales por las circunstancias especiales de su juventud — recordémosle cuidando cabras por los montes de su natal Orihuela — se dejó llevar fácilmente por influencias externas, patentes entonces en los círculos literarios: centenario de Góngora, reposición, con carácter de carácter de acontecimiento de, EL GRAN TEATRO DEL MUNDO, de Calderón, y centenarios de Lope y de Garcilaso. Los cuatro únicos poetas, precisamente, que es necesario citar al hablar de sus primeros libros. (Esta ductibilidad de carácter conviene tenerla siempre en cuenta al hablar de la vida y de la obra de nuestro poeta).

En 1934 Miguel Hernández se establece definitivamente en Madrid. Años antes había intentado la aventura de conquistar la capital de España con un puñado de versos. Pero su empeño se vio pronto quebrantado, y la desilusión le llevó de nuevo a Orihuela. Ahora una colocación que le ofrece José María Cossío le sirve de asidero para lanzar su vida decididamente por los caminos de la poesía. En poco tiempo las revistas, entonces de máximo prestigio: «Revista de Occidente» y «Cruz y Raya», le abren sus puertas, y con ello la consagración ante las minorías selectas. En la «Revista de Occidente» publica la elegía a Ramón Sijé, uno de los poemas más sentidos y originales de toda la poesía española contemporánea.

Antes de llegar a Madrid una persona había gravitado sobre su pensamiento, dándole rumbos y derrotas para su poesía. Ramón Sijé, de fuerte arraigo católico, y formación cultural neotomista, persuasivo y cordial, muerto prematuramente. Pero Madrid le ofrecía nuevas amistades, y, tras ellas, otros virajes para su vida. Nos encontramos otra vez con la ductibilidad de Hernández ante las

influencias externas, o, lo que es más lógico, con la debilidad innata de su carácter. Los nuevos amigos se llaman Vicente Aleixandre y Pablo Neruda, es decir, los dos poetas más dispares, en casi todos los conceptos, del credo poético —y de la práctica versificadora— de Miguel Hernández. Las únicas afinidades poéticas que podían tener en conjunto, se derivarían, sin duda, de cierta similitud en la temática amorosa, visible en la obra de los tres, de tendencia paginizante. Pero la persuasión de Neruda, escasamente rastreable en VIENTO DEL PUEBLO, libro más de propaganda que de poesía, fué en cambio decisivo en lo personal, ya que lo llevó a militar en el partido comunista durante la guerra de liberación.

Y con esto llegamos a la encrucijada de la biografía del poeta. ¿Fué Miguel Hernández un auténtico comunista? Si lo juzgamos por su obra, dando de lado a unos cuantos escritos de circunstancias, de nulo valor literario, se puede afirmar que no. EN EL HOMBRE ACECHA, libro escrito en el fragor de la lucha, de cara a las trincheras, hay mucha más humanidad dolorida que deseos propagandísticos. Su obra nunca pierde el sentido cristiano de la vida, ni llega, en ningún momento, a postulados materialistas. Incluso en sus más acerbos escritos polémicos jamás se pierde el concepto «humano» de la persona, y detrás de todas sus palabras, en ese reverso ideal reservado a las auténticas confesiones inconscientes, brota, como un manantial de finas aguas cristalinas, un hondo y conmovido balbuceo de franciscanismo. Pero no es esta cuestión que nos interese ahora. No debe de transformarse un estudio poético en un estudio político. El hacerlo sólo serviría para ocultar inconfesados propósitos y torcidas intenciones. Miguel Hernández fué un gran poeta y un descarriado y torpe político. Por lo tanto únicamente como poeta podemos, y debemos juzgarle

Recientemente se han publicado dos extensos estudios en torno a la vida y a la obra de Miguel Hernández, dados a conocer uno en España y el otro en Norteamérica. Es el primero MIGUEL HERNANDEZ, POETA, por Juan Guerrero Zamora, Colección «El Grifón», Madrid 1955. El segundo, publicado en la «Revista Hispánica Moderna», (Año XVI, juliooctubre, 1955. Núms. 3-4, Columbia University, Nueva York, págs. 1972-93, y apéndice antológico, págs. 354-78) con el título de MIGUEL HERNANDEZ: VIDA Y OBRA, se debe a la escritora Concha Zardoya. Ninguno de los dos constituye, desde luego, el estudio que el poeta se merece, y que los aficionados a la poesía esperamos impacientes. Pero hay entre ellos una diferencia esencial. Mientras Guerrero Zamora se limita a hacer crítica literaria, Concha Zardoya, por el contrario, aspira a realizar, con el peor gusto y una absoluta falta del sentido de la dignidad intelectual

apologías republicanas. Profesión de fe política que hubiera sido mucho más noble, y más arriesgada, si la hubiese realizado durante sus muchos años de cómoda convivencia en la España que ahora pretende denostar. ¿Por qué al socaire de un estudio erudito de literatura, publicado, precisamente, en una de las revistas de más prestigio, hace la apología de la legitimidad de la República española? ¿No encontró, acaso, órgano más idóneo para exponer clara y abiertamente sus ideas políticas? Seguramente prefirió la semiclandestinidad que le brindaba una publicación ajena a la política. Ella sabrá por qué.

Pero no es eso lo que interesa resaltar. Sus ideas políticas, al fin y al cabo, a nadie interesan. En realidad tampoco debían de interesar sus ideas literarias, de una ramplonería y de una pobreza verdaderamente aterradoras. A través de su estudio es imposible descubrir un paqueño atisbo de originalidad. A ella lo único que de verdad le interesa es hacer la apología del rebelde. Y para ello no le importa, en ningún momento, falsear los hechos de forma caprichosa y partidista. Citemos sólo dos ejemplos. Se refiere el primero a los socorros que Miguel Hernández recibió durante sus años de encarcelado. Concha Zardoya habla casi exclusivamente de Pablo Neruda, silenciando la ayuda que les prestaron los amigos españoles, es decir: Vicente Aleixandre, José María Cossío, Juan Guerrero Ruíz, José Antonio Muñoz Rojas, Carlos Rodríguez Stiperi, Ricardo Fuente, Gabriel Sijé, Miguel Abad Miró, y otros. Tampoco nos dice nada de los trabajos realizados por José María Cossio, José María Alforo y Rafael Sánchez Mazas, en favor del condenado.

La ayuda del poeta-comunista Pablo Neruda no se puede negar. La realizó a través de D. Germán Vergara Donoso, Encargado de Negocios en la Embajada de Chile en Madrid. Pero por circunstancias ajenas sin duda al deseo de Neruda, su contribución al sostenimiento de Miguel Hernández pronto dejó de ser factible. Eran pues los amigos españoles los únicos que podían ayudarle, y los que en realidad le ayudaron. Esto Concha Zardoya lo despacha con una línea: «De vez en cuando recibían (se refiere a Miguel y a su esposa Josefina Manresa) la ayuda de algún amigo». (Pág. 233).

En el afán «republicanista» de la escritora la guerra civil española aparece totalmente disfigurada, atribuyendo a los nacionales toda clase de brutalidades, mientras que los rojos nos los presenta mansos y celestiales, como si en vez del rencor del resentimiento llevasen a sus espaldas brillantes alas embadurnadas de purpurina. A lo largo de su estudio Concha Zardoya maneja y cita infinidad de cartas que le fueron facilitadas por la viuda del poeta Josefina Manresa, así como largos trozos informativos obtenidos en las muchas conversaciones que con ella

sostuvo. Pues bien: hay una cosa de la que no quiso enterarse, llevada de su admiración hacia los milicianos rojos. Se refiere a la muerte del padre de Josefina. Este señor, que pertenecía al Cuerpo de la Guardia Civil, fué fusilado por las turbas revolucionarias en Elche, donde se hallaba destacado. La muerte del suegro, que influyó decisivamente en el ánimo del general Varela cuando Cossío, Alfaro y Sánchez Mazas se entrevistaron con él para conseguir el indulto de Miguel, por arte de birlibirloque aparece totalmente transformada en Concha Zardoya, la cual, con la mayor defachatez, escribe: «El 13 de Agosto muere en el frente el Guardia Civil Manuel Manresa, padre de Josefina» (pág. 222).

Todo esto sería cosa de poca monta si el espacio que dedica al estudio de la obra de Miguel Hernández tuviese, al menos, mediano interés. Pero aquí el lector se encuentra con un farrago casi ininteligible de consideraciones estilísticas de segunda o tercera mano, que axfisia cuanto de belleza y de emoción hay en la obra del poeta. Estudios de este tipo no pueden redundar ni en la gloria del estudiado ni en la fama del estudioso. La crítica poética y la crítica política pocas veces hicieron buenas migas. Por eso el fruto más frecuente de sus coyundas es el libelo, calificativo que nos merece el estudio de Concha Zardoya, sobre todo en su primera parte.

J. VILLA PASTUR

MIGUEL DE UNAMUNO.—**España y los españoles.**—Edición y Notas de Manuel García Blanco. Afrodisio Aguado, S. A. Madrid 1956.

En cierta ocasión, olvidada ahora, afirmamos la posibilidad de publicar un resumen de la obra completa de Unamuno, o aún mejor, de su pensamiento, en un breve libro. Bastaría para ello, decíamos, recoger su novela «San Manuel Bueno», su ensayo «Plenitud de plenitudes», su pieza teatral «La Venda», y su poema «Aldebarán». Tendríamos así, en reducido número de páginas, el esquema íntegro de todos, o casi todos, los problemas que atenazaron durante años y años la mente del escritor más auténticamente entrañado de «españolidad». La selección propuesta no sería la única posible. A lo largo de la obra de Unamuno surgen de vez en cuando escritos que parecen resumirla en su totalidad; tanto la ya escrita como la que aún bullía inédita por los profundos reductos de su

pensamiento. Frente a la opinión, aún frecuente, doblegada a bastardas intenciones, de sus contínuas contradicciones, son, precisamente, esos escritos los que peraltan la unidad de la obra unamuniana durante más de cuarenta años de laborioso y angustiado meditar.

Uno de esos escritos—escritos clave y programáticos a la vez— acaba de ser publicado, redimiéndolo del olvido, por Manuel García Blanco, como apéndice a una colección de artículos unamunianos disgregados hasta ahora por periódicos y revistas. Es el discurso leído por don Miguel con motivo de los Juegos Florales celebrados en Cartagena en 1902, publicado el mismo año en Salamanca y en Buenos Aires. Se titula «España y los españoles», y en él se plantean íntegramente, no sólo las relaciones sustentadas, a lo largo de su vida, de «España» como paisaje que «se hace alma», que revela y simboliza la patria, y de un «paisanaje», que lo llena de sentido y de sentimiento humano, sino también las relaciones que mantiene el español entre su cultura histórica latina y el remoto substrato intrahistórico, o sotohistórico como decía entonces Unamuno, de donde se deriva su última beligerancia, su vivir agónico y contradictorio.

La obra de Unamuno, en muchos momentos, nos recuerda el vuelo de esas libélulas nocturnas borrachas de luz, girando incansables, obsesas, en torno a un foco luminoso. Dos temas le preocupan sobremanera: el tema de la muerte, con todas sus secuelas de la vida ultraterrena, y el tema de España. Ambos, en muchos momentos, aparecen íntimamente religados. El sentimiento trágico de la vida unamuniana es un sentimiento profundamente español, que sólo se revela íntegramente meditando en el áspero escenario castellano. En realidad esos dos temas son como los dos gestos que Unamuno ofrece al mundo. El gesto recomido de las preocupaciones íntimas y profundas, y el gesto de la relación social, que busca con denuedo la comunicación afable con sus semejantes. De ahí la gran importancia que tienen en su obra los escritos referentes a «España», bien considerada como «problema» o como «realidad». Son el grito mágico que nos abre las puertas de su pensamiento. Quien desee conocer el abigarrado mundo unamuniano, sus luchas agónicas y desesperadas, debe, primero, a modo de introducción, frecuentar detenidamente sus «Meditaciones españolas».

El título del discurso «España y los españoles» ampara ahora, como hemos dicho, una serie de artículos—treinta y siete en total—, de marcada afinidad temática, dados a la publicidad durante más de cuarenta años. El primero de ellos: «Pistis y no Gnosis» data de 1897, mientras que el último «Mandarines y no Mandones» se publicó en el diario madrileño «Ahora» el día 15 de julio de 1936. Parte de estos artículos—catorce exactamente—ya habían sido recogidos por el mismo García Blanco en el tomo tercero de «De esto y de aquello» (Buenos Aires, 1953), bajo idéntico rótulo, llevando también como apéndice el Discurso de los Juegos Florales de Cartagena; y uno de ellos, «Las dos vertientes de Es-

paña», fué incluido en la colección de artículos unamunianos («Cuenca ibérica. Lenguaje y paisaje) publicada en México por José Bergamín. Nos encontramos, pues, ante un libro semi-inédito, donde se incluyen veintidós artículos y ensayos de Unamuno hasta ahora no publicados en libro, y, por lo tanto, totalmente desconocidos para el lector moderno.

García Blanco ha prescindido en el libro objeto de esta nota, sin indicar las causas que le aconsejaron la poda, de cuatro escritos insertos en su anterior edición de «España y los españoles» («De esto y de aquello», tomo tercero). Son los titulados «¡Más sociabilidad!», «Hay que crear necesidades», «Entre encinas castellanas» y «Desde alturas de tierra». Suponemos que la exclusión de los dos últimos se debe a que ambos figuran en el libro «Madrid», editado por la misma Editorial que publica ahora «España y los españoles».

El libro, como actualmente aparece compuesto, guarda similitud de contenido y de interés con anteriores libros de don Miguel, tales como «Andanzas y visiones españolas», «Por tierras de España y de Portugal», «Paisajes del alma», etcétera, siendo por consiguiente un gran acierto su publicación. Resulta, desde luego, lamentable que a los veinte años de la muerte de nuestro gran escritor, acaso el escritor más completo y más profundo que tiene España en su ya larga y gloriosa historia literaria, continúe siendo inasequible gran parte de su obra para el lector de tipo medio, máxime habida cuenta que al morir únicamente dejó inédito un libro: «Cancionero, diario poético», publicado hace tres años por Federico de Onís. Ahora bien, estas publicaciones, beneficiosas para dar a conocer la obra de Unamuno derrumbada en los fríos anaqueles de las hemerotecas, o en la cláusura de las colecciones particulares, tienen un parvo inconveniente: es el que se refiere a problemas de metodología bibliográfica.

Después de la muerte de Unamuno se han publicado, que nosotros recordemos en estos momentos, ocho libros compuestos con escritos no recogidos en libro por el autor. Tres en México: «La ciudad de Henoc», «Cuenca ibérica», y «La Enormidad de España»; uno en Buenos Aires: «Visiones y comentarios», acaso el más conocido por estar inserto en la Colección Austral, y, prescindiendo de la refundición de «Paisajes», cuatro en España: «Paisajes del alma», «Cuatro narraciones», «Madrid», y el que ahora nos ocupa. Aparte de estos libros está «De esto y de aquello», aún en curso de publicación—van publicados cuatro tomos—donde se recogen todos los escritos dispersos de Unamuno, cuya publicación corre a cargo de García Blanco. Cabe, pues, preguntar: ¿estos libros, o alguno de ellos, se van a dejar como obras definitivas de Unamuno, o, por el contrario, se van a disolver en la colección «De esto y de aquello»? Desde luego la interferencia de artículos de uno a otro libro dificultará, sin duda, una posible bibliografía crítica del escritor.

Sería conveniente, que de recogerse en libro independiente algunos de los ar-

títulos unamunianos no se abandonase ni el orden ni el título genérico con que aparecen reunidos en «De esto y de aquello».

En el anterior cómputo no hemos tenido en cuenta el tomo de Teatro, por no plantear problemas de esta índole.

«España y los españoles» lleva un interesante prólogo de García Blanco, repleto de erudición unamuniana y sagaz visión crítica, donde el lector podrá encontrar gran número de noticias sobre los artículos que integran el libro, tanto en el aspecto cronológico como en el ideológico, así como de las consideraciones que suscitaron a su publicación. Con él García Blanco ha añadido un nuevo capítulo, de enorme interés, a sus ya largas e imprescindibles búsquedas unamunianas. No en balde es hoy el español que más a fondo conoce la obra, el pensamiento y la vida del eximio rector salamantino.

J. VILLA PASTUR

INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

Certamen literario sobre «Menéndez y Pelayo y Asturias»

La Excma. Diputación de Oviedo y, en su nombre, el Instituto de Estudios Asturianos, en su deseo de contribuir al Homenaje Nacional a Menéndez y Pelayo, con motivo del primer Centenario de su nacimiento, ha tomado el acuerdo de convocar un Concurso con arreglo a las siguientes bases:

1.^a Se establece un premio de 15.000 pesetas para galardonar el mejor estudio que se presente sobre Asturias en la vida y en la obra de Menéndez y Pelayo, que llevará por título *Menéndez y Pelayo y Asturias*.

2.^a El estudio premiado habrá de recoger especialmente estos tres aspectos: ascendencia asturiana de Menéndez y Pelayo; sus relaciones con la Universidad, como senador de la misma; juicios sobre Asturias y escritores asturianos en la obra del maestro.

3.^a Los trabajos, con una extensión mínima de 150 hojas holandesas mecanografiadas a doble espacio, deberán ser entregados o remitidos al Sr. Secretario General del Instituto de Estudios Asturianos (Santa Susana, 2.º, Oviedo), firmados con lema o seudónimo y acompañados de sobre cerrado, que contenga el nombre y domicilio del autor.

4.^a Se establece, asimismo, un premio de 2.000 pesetas para

galardonar el mejor artículo periodístico sobre Asturias en la vida y en la obra de Menéndez y Pelayo, que llevará por título «*Menéndez y Pelayo y Asturias*».

5.^a Los artículos, publicados precisamente en la prensa asturiana o santanderina, deberán ser entregados por triplicado o remitidos al Sr. Secretario General del Instituto de Estudios Asturianos.

6.^a El plazo de admisión expira el día 15 de octubre del corriente año de 1956.

7.^a Un Jurado, compuesto de dos Miembros del Instituto de Estudios Asturianos, dos Catedráticos de la Universidad y del Director de este mismo Instituto, como Presidente, se encargará de examinar los trabajos y de discernir los premios.

8.^a El Jurado emitirá su fallo antes del 3 de noviembre, con objeto de poder otorgar el diploma del mismo en la solemne sesión conmemorativa que se celebrará en la Universidad ese mismo día, fecha en que se cumplirán los cien años del natalicio de Menéndez y Pelayo.